

de esto, Campos y Miramon, con una parte de la tropa que habian sorprendido en el principal, se dirigen al cuartel de artillería, situado en el edificio de la Alhóndiga, á una cuadra de palacio. El oficial de la guardia estaba de acuerdo, y dió entrada á los conspiradores. Estos hacen preso, sorprendiéndole en su habitacion, al comandante de dicha artillería D. Juan García, y se apoderan de los cañones, municiones y trenes todos de la plaza que allí estaban depositados. Conducen las piezas á la plaza; se apoderan de las bocacalles, y poniendo en batería las expresadas piezas instantaneamente, crece el número de hombres del pueblo y demás personas alistadas para la revolución. En la fortaleza de Loreto, artillada y con una guarnición de 70 á 80 hombres del batallon de Zapadores bomberos, la escena habia sido de otro modo. El sargento de aquel destacamento y parte de la tropa, seducidos, desconocieron al comandante del punto, entregándolo á D. Joaquin Orihuela, director del movimiento; verificado lo cual, disparó un cañonazo en señal de inteligencia. Eran las cuatro de la mañana en aquel momento, que habia ido á mi alojamiento para de allí ir á acompañar hasta la garita al señor general Traconis, que en aquella hora salia para la capital; al sonido de aquel cañonazo ocurri al principal, acompañado del teniente coronel D. Miguel Lara, para inquirir la novedad que ocurría; pero en la esquina de la plaza soy sorprendido por los revolucionarios, y conducido á prision. En ella se me exigió por el jefe de aquella una órden para que se rindiese el resto de la tropa que quedaba en Santo Domingo, que me re-

husé á dar, como era debido, sin embargo de los amagos que se me hicieron de fusilarme; y antes bien, comuniqué al teniente coronel del cuerpo, Don Gerónimo Diaz Quijano, desde la prision, y por conducto de mi mozo, la órden para que se sostuviese á todo trance. Los regimientos de caballería 2.^o permanente y lanceros de Méjico, que habian notado el movimiento de la plaza, la grande reunion de los pronunciados, la prision del señor comandante general, Don José García Conde, ^{1856.} la marcha del general Traconis para la capital, todo esto acaecido instantáneamente y con la confusion que es natural en estos casos, salieron de sus cuarteles situándose en la garita para evitarse el peligro de la seduccion; y así que ya no fué posible ninguna combinacion para sofocar el movimiento revolucionario. Con esto el teniente coronel Quijano, con su corta fuerza, sin municiones de reserva, ni víveres, en el interior de aquel edificio, aislado y sin obras de defensa preparadas de antemano, amagado además con tres piezas de artillería que le situaron ventajosamente los sublevados, apenas pudo mantener la bandera del gobierno en aquel punto hasta las cuatro de la tarde. Entonces admitió un parlamento, conviniendo con Don Luciano Prieto, comisionado por el jefe de la revolucion, en que seria rendido el punto y se pondria aquella tropa á disposicion de él, para que tomase partido si era de su voluntad, bajo la condicion de que serian puestos en libertad el señor comandante general, el que suscribe y demás jefes y oficiales que habian sido reducidos á prision sorprendidos. Este convenio fué ratificado; y aunque no fué consignado por escrito, fué organizado ante

diferentes testigos que lo legalizaron con su presencia. En virtud de este arreglo, fué conducida frente al palacio por el mayor del cuerpo Don Camilo Granados, la tropa que estaba en el expresado punto de Santo Domingo, en donde se reunió el resto del cuerpo que se hallaba en las demás guardias de la plaza, sorprendidas y engañadas de la misma manera que la del principal. Entonces D. Miguel Miramon les arengó; pero el cuerpo de sargentos, que en lo general no estaban de antemano minados, representaron que no podían tomar parte si el que suscribe no estaba á la cabeza del cuerpo. Vista esta resistencia por Don Joaquin Orihuela, jefe de la revolucion, hizo conducir á su presencia en el mismo salon de palacio al expresado cuerpo de sargentos, que condujo personalmente el citado mayor Granados. El señor Orihuela los amonestó para que entrasen en las miras de la revolucion, pero los sargentos insistieron en su peticion. Entonces el señor Orihuela me hizo conducir á su presencia, y me manifestó la pretension de los sargentos, el ofrecimiento del mando del cuerpo y todas las ventajas que me proponia de la revolucion. Yo rehusé, como era debido, á aquellas propuestas, manifestándole delante de los citados sargentos y de un concurso numeroso allí reunido, los juramentos y los deberes que me ligaban con el gobierno y con la nacion, con lo cual se me volvió á mi prision. Los sargentos, sin embargo, aceptaron aquella situacion, y toda aquella parte del cuerpo quedó definitivamente en el bando revolucionario.»

1856. El plan de Orihuela era el mismo de Castrejon, excepto en el llamamiento de D. Rómulo Diaz de la Vega, para la presidencia. Orihuela se la reservaba al

general en jefe de los defensores de la religion y fueros. Firmaban el plan de Puebla, Don Joaquin Orihuela, como general; como coroneles, D. José Mariano Fernandez, D. Miguel Miramon, D. Felipe N. Chacon, D. Agustin Pardo, D. Agustin Pavon, y D. José María Zambonino; como tenientes coroneles, Don Luciano Prieto, Don Nicolás Prieto, D. Macario Prieto, Don José María Balero, y D. Vicente Canalizo; como comandante de escuadron, D. Manuel G. Bureau; y como comandante de batallon, D. Manuel G. Sarabia.

Los pronunciados dejaron libre en aquel mismo dia al general Don José M. García Conde, que llegó á la capital de Méjico dos dias despues. Igual cosa hicieron con los jefes y oficiales que no quisieron adherirse al plan. En esto los pronunciados obraron justamente. No se debe ser cruel con los que tienen distinta opinion á la de uno. Por eso no era acertada la conducta del «*Trait d'Union*,» de «*El Herald*» y de otros periódicos que aconsejaban al gobierno que no tuviese piedad con los disidentes. «*El Correo*,» por el contrario, creyendo que una guerra sin cuartel iniciada por cualquiera de ambos partidos, estableceria en el otro las sangrientas represalias, sensibles para la nacion entera, recomendaba la templanza, y elogiaba la conducta observada por el gobierno de no haber vertido la sangre de ningun prisionero, pues así se habia evitado que se hubiesen tomado sangrientas represalias con los aprehendidos en Puebla, por los que acababan de levantar el estandarte de la rebelion.

No podia haberse efectuado el movimiento de Puebla en momentos mas críticos para el gobierno. Ocupa-

das la mayor parte de sus tropas en hacer frente á los diferentes caudillos de las sublevaciones efectuadas en distintos Estados de la república, precisado á poner dique á las aspiraciones ambiciosas de Don Santiago Vidaurri en Nuevo-Leon, invadidos los Estados fronterizos por los indios bárbaros; exhausto el erario, y sin recursos para atender á los enormes gastos de la campaña, parecia imposible poder hacer frente á aquella borrasca que amenazaba sepultar á los gobernantes. Pero Comonfort no se desanimó ante la amenazadora tempestad. Reunió á los jefes militares; armó á la guardia nacional; agenció recursos, llamó tropas de todas partes, y tres dias despues de haberse levantado en Puebla el estandarte de la rebelion, marchaban ya á combatirles mas de cuatro mil hombres, con treinta piezas de artillería. Las fuerzas que se pusieron inmediatamente en camino para sofocar la sublevacion fueron el *batallon Balderas*, el 4.º batallon de línea, un batallon de artillería de á caballo, los escuadrones de Sierra Gorda y de seguridad pública; la brigada Zuñiga; una seccion del general Moret y algunas partidas que habian salido para Tlaxcala. Comonfort pensó al principio marchar él mismo á combatir á los sublevados de Puebla; pero conociendo que su presencia en la capital de Méjico era indispensable tanto para que no se alterase en ella el orden cuanto para proporcionar toda clase de recursos al ejército, nombró general en jefe del cuerpo de operaciones sobre Puebla al general D. Tomás Moreno, y por su segundo al general

1856. Don José María Gonzalez de Mendoza. Los sublevados, con la esperanza sin duda de que se

les reunieran las fuerzas que por distintos puntos combatian al gobierno, permanecieron en la plaza, al frente de la cual llegaron, muy en breve, las tropas del gobierno.

Entre tanto las fuerzas pronunciadas del general Don Ignacio Gutierrez, á quien vimos entrar en Tulancingo, permanecian en la misma poblacion, saliendo algunas á expedicionar por los pueblos inmediatos. Una de las varias partidas que el expresado general envió con ese objeto, aprehendió, en el camino de Apulco, llevando el rumbo á Huasca, al cura de Tutotepec D. N. Viguera, con una partida de cuarenta indios de á pié y de á caballo. Los conservadores tenian sospechas, ó mejor dicho creian que el expresado cura, se habia puesto de acuerdo con el partido liberal para hacer que el general Uraga, cuando al principio del año se vió perseguido por el jefe del gobierno D. Luis Ghilardi, confiase en él, haciendo luego que los indios de dicho rumbo fueran los que, á instigaciones suyas, y por él dirigidos, entregasen al expresado general Uraga en manos de las fuerzas del gobierno que le perseguian. No he visto que se haya publicado documento ninguno que pruebe este hecho, y por lo mismo no puedo admitir que la acusacion pasase de la esfera de las sospechas mas ó menos vehementes. Aprehendido el cura con su partida de cuarenta indios, fué conducido á las ocho de la noche á Tulancingo. Habiéndosele encontrado algunos papeles que lo denunciaban como enemigo de los disidentes, dispuso el general D. José Ignacio Gutierrez que se le formase consejo de guerra. Sentenciado á muerte por éste, se dispuso como católico á pasar de esta vida á la otra, confesándose y reci-

biendo los auxilios espirituales de un respetable sacerdote apellidado Ruiz, y á las cinco de la mañana del siguiente dia fué fusilado en el pueblo de Jaltepec, distante una legua de Tulancingo, dando sepultura á su cádaver en el campo santo de la iglesia del expresado pueblo. (1)

Mientras por el rumbo de Tulancingo, de los llanos de Apan y de la Sierra aumentaban sus fuerzas los caudillos conservadores, el gobierno aumentaba tambien el número de tropas que sitiaban Puebla, y desplegaba una actividad asombrosa para impedir los avances de la revolucion.

(1) Aunque uno de los periódicos liberales de la capital dijo que el cura de Tuto fué aprehendido y fusilado en el acto mismo por D. José Maria Cobos, sin permitirle que se confesara, sufrió un error, nacido sin duda de algun informe falso. El hecho pasó de la manera que dejo referido. El cura de Tuto fué aprehendido por una de las partidas destacadas por D. José Ignacio Gutierrez, que era el general en jefe de las fuerzas conservadores reunidas en Tulancingo, y así lo manifestaron luego que llegaron las noticias exactas, los periódicos de diversos colores políticos. «Se sabe,» decia *El Siglo XIX*, «que los pronunciados por religion y fueros, al mando de D. Ignacio Gutierrez, fusilaron al cura de Tuto.» Otro periódico, *El Omnibus*, traia este párrafo el 29 de Octubre: «Por noticia dada por el conductor de diligencias de Tulancingo, se sabe que los pronunciados, al mando de D. Ignacio Gutierrez fusilaron al cura de Tuto.» El mismo periódico, dos dias despues, daba la noticia con los precisos detalles. «El cura de Tuto D. N. Viguera,» decia, «fué cogido por una fuerza de caballeria de los pronunciados de Tulancingo, el viernes 24, á las cuatro de la tarde, con cuarenta indigenas de á pié y á caballo, en el camino de Apulco ó Tulancingo, á distancia de cuatro leguas, llevando el rumbo á Huasca: á las ocho de la noche llegó á Tulancingo; en la misma noche se aseguró le hicieron consejo de guerra por haberle hallado comunicaciones con las tropas del gobierno y con los pronunciados, estando de acuerdo con los dos partidos; fué mandado disponer por un sacerdote que se apellida Ruiz, y el sábado á las cinco de la mañana, fué fusilado en el pueblo de Jaltepec, á una legua de Tulancingo, y sepultado su cádaver en el campo santo de la iglesia de aquel pueblo.»

El general D. Tomás Moreno, que se hallaba al frente de los sitiadores, vigilaba sin descanso, para evitar que los sitiados recibiesen auxilio ninguno. Sabiendo, por lo mismo, que una fuerza de 400 hombres, bien armados y con dos obúses de á doce, que se habia pronunciado en Matamoros, se dirigia á reunirse con los disidentes de Puebla, ordenó al general Moret que, con una respetable seccion de infantería y caballería, le saliese al encuentro para batirla. Moret se puso en **1856.** marcha inmediatamente, y cuando menos lo esperaban los sublevados que se dirigian á Puebla, se encontraron el dia 27 con las tropas del gobierno, cuyo general les intimó la rendicion. Los disidentes comprendieron que toda lucha seria inútil, y se rindieron sin resistencia. Moret dió parte de lo acaecido al general en jefe D. Tomás Moreno, y éste ordenó que los vencidos se acantonasen en un punto conveniente donde pudieran estar vigilados. Al siguiente dia de la anterior victoria llegó á reunirse con los sitiadores de Puebla, el general Aguilar, con la artillería que habia estado esperando el general Moreno para continuar con mas actividad el sitio.

Mientras de esta manera se les iba quitando los recursos á los sitiados y se aumentaban los de los sitiadores, en la capital de Méjico se continuaba poniendo en toda su fuerza los batallones de la guardia nacional. Por desgracia, para conseguirlo, se volvió á echar mano del funesto recurso de la leva, sistema lamentable que se ha seguido por todos los gobiernos de aquella república para formar el ejército. Ningun criado podia salir á la calle, sin exponerse á caer en manos de algu-

na de las comisiones disfrazadas que los coroneles enviaban por todas partes á coger de leva al primer infeliz que encontrasen. Los indios que llegaban con sus mercancías, eran conducidos á los cuarteles para hacerlos soldados, y los artesanos que tenían la desgracia de caer en poder de esas comisiones, se veían obligados á servir en los batallones que les designaban. La prensa toda sin excepcion de colores políticos, clamaba contra esa manera que estaba en abierta pugna con las instituciones republicanas. Las repetidas quejas de los periódicos, y el clamor de la gente menos acomodada sobre la cual pesaba el mal denunciado, obligó al gobierno á dictar, el 28 de Octubre, una providencia, prohibiendo que se hiciese uso de la leva, y amenazando con severo castigo al que contraviniese á lo dispuesto. (1) Pero estas órdenes mas parecían dictadas para salvar las apariencias, que con el fin de que fuesen cumplidas, pues solo así se comprende que

(1) La circular que para evitar la leva pasó la comandancia militar á los jefes de la guardia nacional era la siguiente:

«Comandancia general de Méjico.—Mesa 1.^a—El Excmo. Sr. presidente sustituto, ha visto con sumo desagrado que á pesar de las repetidas órdenes que ha dado sobre que no se cojan de leva á individuos ocupados, las comisiones para la aprehension de desertores lo hacen abusando de su autoridad; y S. E. me ordena que en lo sucesivo no se aprehenda á persona alguna, cesando desde luego la leva, pues está resuelto á castigar severamente al que contraviniere.

Lo que digo á V. S. para su mas exacto cumplimiento, en el concepto de que esta comandancia general confía en que el celo de V. S. hará sea acatada debidamente esta suprema determinacion.

Dios y libertad. Méjico, Octubre 28 de 1856.—*Agustín Alcérreca*.—Señor coronel del batallon guardia nacional de.....»

la leva hubiera continuado públicamente y que jamás se hubiese castigado á ninguno de los coroneles que la disponian, no obstante seguir la prensa denunciando el abuso. *El Omnibus* del dia 29 de Octubre decia con este motivo: «Creemos conveniente manifestar al Excmo. señor ministro de la guerra D. Juan Soto, que á pesar de las repetidas órdenes que ha dado para que á los ciudadanos no se les coja de leva, siguen las comisiones llevándose á los artesanos y á los domésticos. Si por circunstancias apremiantes, que nosotros ignoramos, tuviese el gobierno la necesidad de echar leva, seria bueno que el Excmo. señor ministro de la guerra derogase las órdenes que ha dado en sentido contrario. Así se evitarian las continuas pendencias que ahora se traban entre las comisiones y los ciudadanos perseguidos, quienes apoyándose en las órdenes supremas, resisten á que se les conduzca por fuerza á los cuarteles. Los redactores del periódico *La Nacion*, elevaban igual queja, y *El Siglo XIX*, puso en la parte de su gaceta un artículo con el epígrafe de *tropelías*, en que, poniendo el nombre y apellido de un sargento de la guardia nacional, denunciaba la manera arbitraria con que engrosaba las filas del cuerpo á que pertenecía. Este sargento, «aunque él se dice oficial» decia el expresado periódico, «ha invadido las casas del pueblo de San »Angel, ha asaltado las huertas, ha forzado las puertas »para llevarse á los albañiles, á los jornaleros y á otros »trabajadores, perjudicando no solo á estos infelices, »sino á las personas que les ocupan. De quitar á estos »hombres de su trabajo, para hacerlos soldados por »fuerza, resultan males de mucha consecuencia; entre »otros el del estravío del armamento, del vestuario y de

»las municiones. Esperamos que el prefecto de Tlal-
»pam ponga coto á los desmanes del sargento L. (po-
»nia su apellido que yo lo omito) que ataca las garan-
»tías individuales, invade el domicilio y arranca á los
»hombres de su trabajo.»

1856. Cuando los expresados periódicos y otros no menos caracterizados, levantaban á un tiempo la voz en vista de que las disposiciones del gobierno no habian sido acatadas ni un solo instante; y mientras ellos y la sociedad manifestaban el sentimiento de que se hollasen las garantías del ciudadano, llevándoles por la fuerza á defender al gobierno, *El Monitor Republicano*, tratando de persuadir á los Estados de que en la capital reinaba un entusiasmo vivísimo por sostener las instituciones, decia el 29 de Octubre: «Reina el
»mayor entusiasmo entre los artesanos, todos se apre-
»suran á alistarse en el batallon que se está formando.
»Hasta ayer habia mas de 1250 ciudadanos alistados.
»Voluntariamente los artesanos dan todas las noches un
»reten para palacio, con el objeto de estar cerca de la
»persona de su coronel el Sr. Comonfort.»

Pero, no; esos voluntarios no existian mas que en el nombre, y la leva siguió á pesar de las reclamaciones de la prensa, y á pesar de la queja de los pueblos.

Mientras se formaban en la capital numerosos batallones, las operaciones sobre los sitiados de Puebla eran acertadas, y no dejaban duda de que en muy breve plazo las tropas del gobierno les obligarian á rendirse. Sin embargo, los que defendian la plaza conservaban la esperanza de ser auxiliados por las diversas fuerzas conservadoras que recorrian el país, y esto les prestaba

esfuerzo para combatir hasta el último instante. Por su parte el gobierno, con el fin de tenerles aislados, hizo que Don Manuel Doblado, gobernador de Guanajuato, operase con fuerzas competentes en la Sierra contra Don Tomás Mejía, y encomendó á distintos jefes el cuidado de vigilar los movimientos de los disidentes que expedicionaban por Tulancingo y los llanos de Apan.

La administracion de Comonfort tuvo la fortuna de sofocar todas las tentativas de revolucion que en aquellos dias se indicaron en la capital, en Zacatecas, en San Luis, en Guanajuato y en otros puntos, y pudo dedicarse exclusivamente á combatir á los enemigos que se habian lanzado al terreno de las armas. Nada demostraba de una manera mas patente que no existia junta ninguna en la capital, ni *Directorio conservador central* con quien obrasen de acuerdo los pronunciados, que la falta que se notaba en éstos de un plan regularizado bajo el cual operasen. A corroborar lo que asentado dejo vienen las palabras del bien informado y juicioso escritor D. Anselmo de la Portilla, en su obra intitulada *Gobierno del general Comonfort*. Hablando de aquella revolucion, dice, «que no tenian un plan fijo á cuya sombra trabajaran todos los descontentos;» que «las guerrillas del Sur y Mejía proclamaban el de Castrejon;» que «Orihuela y sus compañeros habian levantado otro al pronunciarse, excluyendo al general Vega;» que «pocos dias despues se encontró otro distinto en poder de unos conspiradores que fueron sorprendidos en Merced de las Huertas, cerca de la capital,» y que «sus hombres estaban profundamente divididos, segun las afecciones y los inte-